

Contemporánea

**MARGUERITE  
YOURCENAR**

**Ensayos**

DEBOLSILLO

## MARGUERITE YOURCENAR

### Ensayos

A beneficio de inventario

El tiempo, gran escultor

Peregrina y extranjera

Una vuelta por mi cárcel

Traducción de  
Emma Calatayud

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## A BENEFICIO DE INVENTARIO

## I. Las caras de la Historia en la *Historia Augusta*

Si de todas las historias grabadas por la memoria humana, ha sido la de Roma la que hizo pensar a más filósofos, soñar a más poetas y declamar a más moralistas, se debe en parte al genio de un reducido número de historiadores romanos (más un par de historiadores griegos) que contribuyeron poderosamente a prolongar hasta nuestros días el recuerdo y el prestigio de Roma. Y si César sigue representando para nosotros —pese a todas las muertes violentas perpetradas a políticos de entonces acá— la imagen por excelencia del dictador asesinado, es por obra de Plutarco, que nos muestra a los conjurados en el Senado abalanzándose sobre el divino Julio. Por causa de Tácito, Tiberio figura siempre como el prototipo del tirano misántropo y Nerón como el del artista fracasado. Y dado que la obra biográfica de Suetonio nos habla de los doce emperadores, las estanterías de nuestras bibliotecas y las fachadas de los palacios renacentistas se ven casi obligatoriamente coronadas con los doce bustos de los Césares.

Pero estos grandes historiadores (varios de los cuales fueron primero y sobre todo grandes estilistas) florecieron todos —para emplear esta expresión— durante los siglos que van de la juventud de César a la madurez de Adriano. El insulso Domiciano, con quien cierra Suetonio la lista de los doce Césares, es el último emperador romano que goza de un gran retratista. Después de él y durante los trescientos cincuenta y pico años que aún transcurrieron hasta la caída de Roma,

apenas poseemos más que unos cuantos testigos mediocres, no solo ambiguos (siempre lo son), sino crédulos, convencionales, confusos, a menudo exageradamente frívolos o supersticiosos a ultranza, que trabajan abiertamente con fines propagandísticos y que reflejan en su cerebro y en su lenguaje el final de una cultura; no obstante, resultan apasionantes ya que su misma mediocridad les confiere una suerte de veracidad, los convierte en intérpretes cualificados de un mundo que desaparece.

La *Historia Augusta*, libro en donde seis historiógrafos reunieron uno tras otro veintiocho retratos de emperadores, sin contar los de algunos pretendientes al trono y de unos cuantos Césares (título que aquí significa presunto heredero) que murieron muy jóvenes, ofrece de estos trescientos cincuenta años un período de vida de algo menos de dos siglos. La obra comienza con Adriano y sus sucesores inmediatos Antonio y Marco Aurelio, es decir, con los mejores tiempos de la paz romana, en el apogeo de un mundo que ignoraba estar tan cerca de su fin. Se termina con el oscuro Carino, a una hora entre dos luces, a finales del siglo iii. El nombre mismo y la existencia de los cinco principales autores (Espartiano, Capitolino, Lampridio, Polion y Vopisco) son hoy materia de controversia, y las fechas que se les asignan van —al capricho de eruditos y especialistas— de mediados del siglo ii a finales del iv. Buena parte del libro recopila o fusila biografías anteriores perdidas; también él ha sido abundantemente interpolado a su vez. Al igual que tantas obras antiguas, ha llegado hasta nosotros a través de escasas e incompletas copias sujetas a error, las únicas en salvarlo del olvido. Y sin embargo, los modernos historiadores de la Antigüedad no pueden ignorar la *Historia Augusta*; aquellos mismos que le

niegan todo valor se ven obligados a utilizarla. Los documentos que nos quedan de los siglos ii y iii son escasos y pobres y, por lo tanto, únicamente en ese texto inseguro —y aunque eminentes eruditos hayan sospechado que se trata de una impostura casi total— podemos buscar, a falta de otro mejor, la poca verdad que contiene.

La autenticidad es una cosa, la veracidad es otra. Cualquiera que sea la fecha —que va desde el año 284, como muy pronto, hasta el 395, como muy tarde— en que podamos situar la *Historia Augusta*, la pregunta que nos planteamos es la de si podemos concederle algún crédito. Éste varía, naturalmente, de redactor a redactor y de página a página. La misma verosimilitud no siempre es para el lector un criterio decisivo, ya que la noción de lo plausible en materia histórica depende de las costumbres, prejuicios e ignorancias de cada época. Así, por ejemplo, los eruditos del siglo xvii, impregnados de tradición cristiana, aceptaban de buen grado cualquier negro retrato de los emperadores paganos, considerados en bloque como infames perseguidores de la Iglesia naciente; más tarde, por reacción, la implícita confianza en la naturaleza humana de los letrados del xviii y, más tarde aún, la afectada gazmoñería de algunos historiadores del xix —su curioso respeto por la gente en el poder, aun cuando hubieran muerto hace mil ochocientos años—, o simplemente la falta de experiencia de la vida de aquellos hombres de gabinete, les hicieron a menudo proclamar imposibles o improbables una serie de hechos que un lector más acostumbrado a mirar la realidad de frente no vacila en juzgar plausibles o en creer verdaderos. Las atrocidades que hemos presenciado

en pleno siglo xx nos han enseñado a leer con menos escepticismo el relato de los crímenes cometidos por ciertos emperadores de la Decadencia; y en lo referente a la historia de las costumbres, ya La Rochefoucauld escribía que los libertinajes de Heliogábalo nos sorprenderían menos si conociéramos mejor la historia secreta de nuestros contemporáneos. En algunos casos, la veracidad de la *Historia Augusta* ha sido corroborada por otros testimonios de la época. En otros y con singular frecuencia, los trabajos de los historiadores modernos han venido a confirmarla con posterioridad. Las reformas económicas y administrativas que hizo Adriano se han visto ratificadas por muchos textos epigráficos y no es posible creer que Espartiano, o el biógrafo que ostenta ese nombre, se contentara, como dicen, con ofrecer del reinado de este emperador un cuadro fantástico, copiado de la edificante imagen ofrecida por el gobierno de Augusto. Las innumerables estatuas y medallas de Antínoo que se han encontrado desde el Renacimiento hasta nuestros días, han confirmado con creces la breve mención que el mismo Espartiano hizo del tremendo dolor que sintió Adriano al morir su favorito, y de los honores divinos rendidos a su memoria, que sin esto hubieran podido pasar por una de esas noticias escandalosas que se introducen en la biografía de un príncipe prudente. La historia de Heliogábalo escrita por Lampridio parece un cuento de *Las mil y una noches*, pero hoy en día nos resulta menos absurda que antaño, ya que poseemos un conocimiento más exacto de los cultos y costumbres orientales; percibimos el sentido de aquello contra lo cual puede despotricar el cronista por no haberlo entendido. En suma y a pesar de la larga lista de documentos fabricados, de asertos ineptos y de confusiones en nombres, fechas y acontecimientos

tos que pueda haber en ella, no suele ser en el enunciado de los mismos sino en su interpretación, en donde a menudo florecen, en la *Historia Augusta*, errores y mentiras.

De diez veces nueve la mentira suele hallarse dictada, como es natural, por el odio partidista o por la lisonja al príncipe en el poder. La semblanza de Galiano no es más que un panfleto inspirado por el rencor senatorial; la de Claudio el Gótico contiene aproximadamente la misma verdad que un discurso electoral en nuestros días o que una oración fúnebre del siglo XVII, y si bien es cierto que ese odio y esa adulación desvirtúan sobre todo la biografía de los príncipes contemporáneos de sus biógrafos, también los emperadores situados más atrás en el tiempo se ven ennegrecidos o blanqueados en concordancia con las directivas políticas del cronista y las del presente augusto. Cómodo fue, seguramente, un príncipe aborrecible, pero su vida —escrita por Lampridio— es un furioso informe *postmortem* que termina por inculcar deseos al lector de ponerse de lado de aquel bruto arrastrado a las Gemonías. Los historiadores apoyan casi todos a ese grupo plutocrático en que se había convertido el Senado: los mejores emperadores, si es que habían cortado por lo sano algunas sinecuras senatoriales, se veían vilipendiados; los peores, exaltados cuando procedían de las filas senatoriales o si el Senado estaba a su favor. Mas no hay que pedirles demasiada consistencia a los biógrafos de la *Historia Augusta*. Aún más que a sus prejuicios, sus errores parecen deberse a la estupidez de recoger, sin ningún espíritu de crítica, cualquier cotilleo que se les presentara y también al conformismo con que aceptaron, sin pestañear, cualquier versión oficial. Sus errores se deben asimismo —sobre todo en la primera parte del volumen— al desfase en el tiempo.

En efecto, hasta en la hipótesis más favorable, los biógrafos de la *Historia Augusta* se hallan separados de sus grandes modelos los Antoninos por una distancia de cuatro o cinco cuartos de siglo. Bien es cierto que no es la primera vez que un historiador antiguo se halla tan alejado en el tiempo, o incluso más, del personaje que pretende describir. Pero el mundo antiguo, en la época de Plutarco, era aún lo bastante homogéneo como para que el biógrafo griego pudiera erigir, con casi cincuenta años de distancia, una imagen de César poco más o menos de la misma materia que el propio César. Por la época en que fue recopilado el libro de la *Historia Augusta*, el mundo había cambiado, por el contrario, hasta tal punto, que el modo de vida y el pensamiento de los grandes Antoninos resultaba casi impenetrable para unos biógrafos ya de camino hacia el Bajo Imperio. Un poco más cercanos en el tiempo, pero más exóticos, antes deformados por la fantasía popular, los príncipes de la dinastía siria desaparecen aún más bajo un bosque de leyendas. Las probabilidades de error debidas al retroceso en el tiempo van disminuyendo después progresivamente con los Augustos, que se devoraron unos a otros en lo que quedaba del siglo iii, pero modelos y pintores se hunden entonces igualmente en ese magma de confusión, de violencia y de mentira que es el de los tiempos en crisis. De una punta a la otra de la *Historia Augusta*, todo acaece como si un número reducido de intelectuales de hoy, más o menos bien informados pero mediocres y no muy escrupulosos, nos relatasen primero la historia de Napoleón o la de Luis XVIII ayudándose de una mezcla de notas auténticas y de notas prefabricadas, anacrónicamente teñidas por las pasiones de nuestra propia época; y luego, pasando a unos personajes y a unos acontecimientos más re-

cientes, nos ofrecieran sobre Jaurès, Pétain, Hitler o De Gaulle, un montón de habladorías sin valor junto con unas cuantas informaciones útiles, más una avalancha de literatura propagandística y las revelaciones sensacionalistas de los periódicos de la tarde.

El mayor defecto de su constante insulsez consiste en que los biógrafos de la *Historia Augusta* nunca nos revelan al hombre en su profundidad o en su cumbre, lo cual es grave cuando el hombre de quien se trata tuvo esa profundidad o alcanzó esa cumbre; y lo que es más grave aún: no nos percatamos de esa carencia a no ser que otros documentos de la época nos informen de que el hombre así simplificado, reducido o aumentado, era grande. Espartiano nos mostró muy bien que Adriano fue un hábil administrador, fuertemente pragmático, cosa que han ignorado los que se complacían en convertirlo en una especie de esteta; también supo ver ciertos aspectos caprichosos e irritantes de este hombre complejo, pero en cambio todo lo referente al letrado que fue Adriano, al aficionado al arte, al viajero, al hombre dotado de una curiosidad universal, nos llega deformado por supersticiones de otra época, o por una mediocridad de espíritu que pertenece a todos los tiempos. Adriano, como tantos otros contemporáneos suyos, seguramente se interesó por la adivinación de los astros, pero cuando Espartiano nos muestra al emperador astrólogo anotando el 1.º de enero lo que iba a suceder día tras día durante el año, nos sumerge anticipadamente en el mundo de necia credulidad de los peores cronistas de la Edad Media. Los gustos literarios de Adriano son comentados con literalismo de periodista ignorante, y hasta el hombre de Estado —inspirado en sus innovaciones y reformas por un ideal humanístico que el biógrafo no com-

parte— tampoco parece ser mejor comprendido. El piadoso Antonino se transforma, en manos de Capitolino, en un personaje de hagiografía popular, en el héroe impecable de una especie de novelita rosa imperial. Si no tuviéramos los *Pensamientos*, jamás adivinaríamos las cualidades únicas del melancólico Marco Aurelio al leer el convencional retrato que ese mismo Capitolino nos hace del buen emperador y débil marido de Faustina.

La mediocridad, que impide a los biógrafos alcanzar el nivel de los últimos representantes de la gran cultura grecorromana, también les perjudica cuando se trata de evaluar a los singulares personajes de la dinastía siria, y hasta de dar su justo peso a los pocos grandes jefes militares de finales del siglo iii. El incesto de Julia Domna con su hijo Caracalla (que el historiador, además, confunde con su yerno) recuerda demasiado la aventura de Nerón y Agripina para que no sospechemos del afán de Espartiano por imitar a los grandes modelos. Tras los vagos insultos de Lampridio a Julia Soemias y las vagas alabanzas a Julia Mamaea, no se trasluce casi nada del carácter peculiar de estas mujeres sirias frívolas, liosas, ambiciosas, pero también devotas, cultas, protectoras de las artes, que veneraban a Apolonio de Tiana o llamaban a Orígenes a su corte; y al quitarle toda motivación ritual a las intemperancias de Heliogábalo, el Eliacino voluptuoso del templo de Emesa aparece en la *Historia Augusta* únicamente como el protagonista demente de una serie de anécdotas obscenas. No es sólo el odio político lo que convierte el retrato de Galiano en una burda caricatura: este hombre culto, adicto a la causa de la tolerancia religiosa, amigo y protector del gran Plotino y que conserva refinamientos de otras épocas durante los años de anarquía, parece haber sido más

desconocido aún —si es posible— que calumniado por su mediocre pintor. El mismo áspero Aureliano, el rudo promotor del culto al Sol Invencible, tal vez estuviera hecho de materia menos simple de lo que puede hacernos creer el escueto esbozo que de él traza Vopisco.

Más característicamente aún, estos biógrafos tan poco preocupados por la verdadera fisonomía de los seres, tan diligentes en fundir a sus héroes dentro de los moldes convencionales del príncipe bueno o malo, son todavía más miopes en presencia de los grandes acontecimientos secretos que acabaron influyendo sobre la historia más que todas las revoluciones de palacio en el Palatino. Leyéndolos, sería imposible adivinar que durante esos aproximadamente doscientos años, la marea cristiana iba invadiendo calladamente las almas y que, en el momento en que se interrumpe oficialmente la redacción del volumen, se halla muy cerca el instante en que Constantino asegure el triunfo en materia temporal del Cristianismo, encauzándolo como religión de Estado. Si como creen ciertos eruditos, la redacción de la *Historia Augusta* fue aún más tardía de lo que se supone, esa incapacidad para tener en cuenta la revolución cristiana resulta aún más chocante y típica de cierto comportamiento humano. Estos biógrafos conservadores y paganos lo ignoran casi todo del orden que reverencian, y quieren ignorarlo todo del nuevo orden que se les impone a su pesar, y al que combaten mediante la política del silencio, sin pronunciar casi nunca su nombre. Más aún, a pesar de una larga serie de desastres — juzgados siempre fortuitos o prudentemente endosados a cuenta de las locuras o crímenes de algún Augusto o de algún pretendiente fallecido ya, pero nunca imputados a los vicios redhibitorios del mismo Estado—, a pesar de la confu-

sión económica del Imperio, de la inflación creciente, de la anarquía militar en el interior del país y de la presión cada vez más fuerte que ejercen los bárbaros en las fronteras, estos historiadores no parecen darse cuenta de que se aproximaba el gran acontecimiento cuya sombra proyectada planea, sin embargo, sobre toda la *Historia Augusta*: la muerte de Roma.

Y, no obstante, a pesar de su rústica mediocridad o tal vez debido a ella, la *Historia Augusta* es de una lectura apasionante; nos entusiasma tanto —y a veces más— como la obra de historiadores más dignos de confianza y de admiración. Un tremendo olor a humanidad asciende de ese libro: el hecho mismo de que ningún escritor de poderosa personalidad lo haya marcado con su sello nos deja frente a la vida misma, con ese caos de informes y violentos episodios de los que emanan, es cierto, algunas leyes generales, pero unas leyes que, precisamente, permanecen siempre invisibles para los actores y testigos. El historiógrafo oscila con la temperatura de las multitudes, comparte tan pronto su hastiada vida como su histeria. En el libro encontramos lo que se murmuraba sobre los adulterios de Faustina o las borracheras que cogía Vero al extremo de la mesa de Marco Aurelio, y lo que susurraba, entre sesión y sesión, un patricio del siglo iii en favor del hombre de orden que acababa de comprar a un precio de oro los votos del Senado. Ningún libro reflejó tan bien como esta opaca y apasionante obra las opiniones del hombre de la calle y de la antesala sobre el transcurrir de la historia. Encontramos en él la opinión al estado puro, es decir, impuro.

De cuando en cuando, los detalles alcanzan tal precisión que basta para darles autenticidad: vemos los andares danzarines, afeminados de Heliogábalo; oímos su risa ruidosa de niño mal criado que tapaba, en el teatro, la voz de los actores. Asistimos al asesinato de Caracalla, a quien mataron sus guardias en el momento en que se bajaba del caballo para orinar a orillas de la carretera. Las dos breves biografías dedicadas a esa dinastía de dandis: Aelio César y su hijo Vero, transmiten con inefable futilidad dos aspectos levemente diferentes del hombre de moda tal como era en la Roma de los años 130 a 180 de nuestra era; si añadimos las pocas líneas de la biografía de Adriano concernientes a Aelio César, nos daremos cuenta de que Espartiano, o el anónimo a quien Espartiano sirvió de testafarro, esbozó allí por dos veces lo equivalente a un gran retrato balzaciano, el prestigioso dibujo de un Rastignac o de un Rubempré del siglo ii. Incluso, en ocasiones, asciende cierta poesía de esa masa de apagados detalles, al igual que el vaho de la tierra desnuda. Las lúgubres imprecaciones de los Senadores ante el cadáver de Cómodo poseen la grandeza trágica de una escena de masas en Shakespeare; una extraña belleza se desprende de algunas frases sin arte con las que Espartiano nos describe, la víspera de morir Septimio Severo, a este emperador ofreciendo un sacrificio en el templo de Belona, en la pequeña ciudad que hoy es Carlisle, en Cumberland, al extremo oeste del Muro de Adriano. El rústico victimario, no muy al corriente de los usos romanos, se había procurado una pareja de bueyes negros como víctimas, animales de mal augurio que el emperador se negó a sacrificar y que, cuando los soltaron los servidores del templo, lo siguieron después hasta el umbral de su puerta, añadiendo así un presagio de muerte a